

FERNANDO OCARANZA Y CARMONA

Nació en México, D. F., el 30 de mayo de 1876. Falleció en la capital el 16 de febrero de 1965.

Doctor en medicina, fue Director de la Facultad Nacional de Medicina y Rector de la Universidad Nacional de México en épocas difíciles para esa institución, distinguiéndose por su prudencia y firmeza. Maestro auténtico, consagró sus raros momentos libres a la investigación histórica en la que produjo: *Capítulos de la Historia Franciscana*, 2 v. (1933-34); *Los Franciscanos en las Provincias de Sonora y Ostimuri* (1933); *Establecimientos Franciscanos en el Misterioso Reino de Nuevo México* (1934); *La Beatificación del Venerable Sebastián de Aparicio* (1934); *El Imperial Colegio de Indias de la Santa Cruz de Santiago Tlatelolco* (1934); *Crónicas y Relaciones del Occidente de México* (1937); *Crónica de las Provincias Internas del Noroeste de Nueva España* (1939); *Parva Crónica de la Sierra Madre y las Pimerías; Juárez y sus amigos*, 2 v. (1939); *Gregorio López el hombre celestial* (1944); *Historia de la medicina en México* (1934); *Fisiología general* (1927); *La cirugía en el Anáhuac durante la época precortesiana* (1936); y numerosos artículos médicos e históricos en varias revistas.

Autobiográficas son sus obras: *La novela de un médico* (1940); y *La tragedia de un rector. Continuación de La novela de un médico* (1943).

Fuente: Fernando Ocaranza, *La beatificación del Venerable Sebastián de Aparicio*. México, [s.e.], 1934 165-[3] p. Il. p.

FRAY SEBASTIAN DE APARICIO

Aparicio ya no pudo resistir a la soledad de su segunda viudez, y por ello concibió el proyecto de abrazar la vida monástica en el Convento grande de San Francisco de México; pero antes de aspirar a las vestiduras de novicio, otorgó una escritura con fecha 20 de diciembre de 1566, por medio de la cual cedió todos los bienes que poseía a las monjas de Santa Clara, reservándose tan sólo la cantidad de mil pesos para su manutención y para cumplir con las limosnas que acostumbraba.

Desde luego, vistió el hábito de donado y ocupó su tiempo

en recoger limosnas que destinó a la conclusión de la iglesia de monjas de Santa Clara en la ciudad de México.

El 9 de junio de 1574, al cumplir los 72 años de edad, recibió el hábito de novicio en el Convento de San Francisco de México, y tan pronto como cumplió el período que previenen las constituciones de la orden, hizo la profesión religiosa en calidad de lego, destinándolo el provincial de la Provincia del Santo Evangelio para cumplir la obediencia en el convento de Tecali, "diez leguas distante de Puebla". Ahí permaneció dos meses y la propia obediencia lo trasladó al de Puebla, donde nuevamente desempeñó el oficio de limosnero por las haciendas y ranchos de los actuales estados de Puebla y Tlaxcala. Aceptó gustoso el encargo, ya que le proporcionaba la oportunidad de recorrer los campos y vivir entre los ganados, por los que sentía tanto más cariño cuanto más envejecía. Así, se apartaba de la comunión de los hombres y se acercaba más y más a la de los animales sus hermanos menores.

Adquirió, en calidad de limosna, becerros y novillos, a los cuales ponía nombres tan luego como pasaban a su cuidado. La historia conserva los del *Gachupín*, el *Aceituno* y el *Blanquillo*. Por lo demás, todos recibían el de "coristas", por boca misma de Aparicio. Los consideraba pues, como discípulos. Así fue como fundó la propiedad franciscana cercana a Puebla, que los propios frailes llamaban el "rancho de Aparicio" y donde, después de su muerte habría de levantarse el Santuario de Nuestra Señora del Destierro.

Los novillos correspondían al gran afecto de Aparicio y según cuenta la historia o la leyenda —esto, como quiera pensarse— "le daban pruebas de obediencia, gratitud y reconocimiento".

Después, fue cuando construyó las carretas —carretas famosas de Aparicio— ya que según parece el propio lego fue el primero que introdujo semejante medio de transporte en la América Septentrional. Mas, sus carretas debían circular con libertad y así fue como construyó un camino carretero entre Puebla y Jalapa, que según la leyenda llegó hasta Veracruz. Para ello, aprovechó la experiencia que tuvo durante la construcción del camino de México a Zacatecas, a la que el propio lego concurrió.

Refiere Fray Luis Malo que no agradó a los coristas del convento de San Francisco de Puebla que Fr. Sebastián diese su nombre de clase a los becerros y para tomar desquite, planearon su revancha. Consistió en cavar un sepulcro en medio

de la huerta, donde pretendían enterrar o simular el entierro del sencillo lego, metido previamente dentro de un ataúd. Por fortuna, en el momento mismo en que los coristas se disponían a bajar el ataúd dentro de la fosa, asomó el guardián por la ventana de su celda y pudo evitar la terrible travesura. Al ser reprendidos por el guardián, declararon los coristas que no pretendían consumir un homicidio, sino procurar que sintiera Fr. Sebastián la humedad de un sepulcro.

La leyenda refiere otro hecho, que bien pudiera interpretarse como rivalidad entre criadores de ganado —y ya lo era Aparicio, aunque su escala debía calificarse como mínima. Ocurrió en una hacienda alemana de Amozoc y fue como sigue: Un día se presentó el venerable lego a las puertas de la finca con el fin de pedir limosna para su convento. En esa misma y precisa hora se dedicaban los rancheros a herrar becerros, y al enterarse de que Aparicio estaba presente, lo invitaron a pasar hasta el corral y con fingido comedimiento le afirmaron su disposición para socorrerlo; y más que a él mismo, a su convento. Le ofrecieron un toro bravo; pero tan sólo podía llevarlo lazado por él mismo, para lo cual le presentaron recia reata. El pobre lego comprendió que se le preparaba una mala jugada y con la mayor serenidad contestó a su generoso donante: “En otro tiempo supe lazar; pero ahora estoy viejo y temo no poder realizarlo. Si usted me hace la caridad de darme el toro que me ha señalado, yo lo tomaré, pues para ello me basta el cordón con que me ciño.”

Dichas estas palabras, Sebastián se quitó el cordón y fue directamente hacia el toro prometido, y por cierto el mayormente temido por los rancheros; lo ató por los cuernos y ante la sorpresa de todos, salió con él, paso a paso, hacia el camino que se miraba frente a las puertas de la estancia. Y así fue como el estanciero perdió su toro bravo, mas todo sucedió de acuerdo con lo pactado, y no tuvo más sino acogerse a la resignación.

La misma leyenda nos cuenta acerca del dominio que poseía Fr. Sebastián de Aparicio sobre los animales, así fuesen feroces. Pasaba un día frente a las puertas de un rancho vecino a Cholula e iba en pos de sus carretas tiradas por bueyes. Como sintió que arreciaba el hambre, pidió de comer a la dueña de la estancia, e invitado a tomar asiento en la mesa, se aprestó para desuncir a sus bueyes “con objeto de que descansasen”; pero estos mismos, en cuanto estuvieron libres, tomaron el camino de las milpas, lo cual como es de suponerse

molestó a la dueña. Aparicio comprendió su estado de ánimo y se dispuso a consolarla: "Señora, le dijo, no temáis que los bueyes coman una mazorca, o siquiera quiebren una caña, porque les he mandado, por obediencia, que no coman la hacienda ajena."

La dueña no creyó por un momento en las palabras de Aparicio, a las que tomaba por extraviadas o fantásticas y por ello lo instaba para sacar los bueyes de la milpa; pero Aparicio seguía comiendo con la mayor tranquilidad y tan sólo se conformaba con decir: "Puesto que no me creéis, venid conmigo, para que veáis que los animales saben obedecer."

Y así fue como Fray Sebastián y la señora se pusieron en pie y dirigieron sus pasos hacia la milpa. "Capitán, gritó el lego, venid acá y traed a vuestros compañeros." La dueña afirmó su creencia, acerca de la locura de Sebastián, o cuando menos de su afición por bromear; pero con gran sorpresa, vio que los bueyes salían de la milpa, paso a paso, y uno a uno, y todos se acercaban al mágico lego. Este mismo, tomó a un buey por las astas y le dijo: "Capitán, decid si habéis hecho algún daño en la milpa." El buey dobló "pies y manos" y movió la cabeza de un lado a otro, demostrando así que había entendido a Sebastián y que, por otra parte, ningún mal había causado en la milpa. ¡Ingenua y dulce leyenda franciscana, digna de la leyenda del Pobrecito de Asís!

Mas no fue la única. En otra ocasión estaba Fr. Sebastián en una hacienda vecina de la ciudad de Puebla y el dueño de la propia finca se empeñaba en lazar a un toro bravo que había embestido y maltratado a diversas personas. El objeto de tal acto era con el fin de matar a la bestia enfurecida. Pero el lego dijo al caballero: "Hermano, pues queréis matar este pobrecito buey (sic) haced cuenta que ya es muerto y dádmelo para el servicio de las carretas de mi Padre San Francisco." El hacendado cedió el buey; y Fray Sebastián, quitóse el cordón, se acercó al animal, lo ató de las astas y se lo llevó sin la menor dificultad. Así se cuenta el caso, por lo menos, agregándose que "otros varios hechos de esta naturaleza demuestran el dominio extraordinario que el virtuoso lego tenía sobre los animales".

Se cita en primer término su gran afición por la concordia; y no tan sólo la practicó con los demás, sino procuró que los otros la practicaran entre sí. Se asegura que cuando reñían los indios, bastaba decir el nombre de Aparicio para ponerlos

en paz; de tal manera, que a menudo podrían oírse palabras como éstas: "Agradeced que el Santo de San Francisco ha hecho las amistades y nos ha mandado que no entremos en riña." Y así era como "Sebastián restablecía la paz donde encontraba la discordia".

Su pobreza era proverbial y no tan sólo sino prescindía de la comodidad misma. En su calidad de lego, tenía derecho a celda y cama; pero nunca lo ejercitó. Si vivía en el convento, dormía en los claustros o en la huerta, y si en el campo, pasaba la noche debajo de sus carretas.

En cierta ocasión visitaba a su amigo don Domingo Pérez, y al retirarse, llovía en tal forma, que éste mismo le obligó a pasar la noche bajo su techo, para lo cual, le mandó preparar comida confortable. Al día siguiente, tropezó don Domingo con el lego, que dormía en el corredor.

Sentía una gran ansiedad por sufrir. Así fue como caminaba siempre con la cabeza descubierta para ofrecerla al sol, al frío, a la lluvia; y con los pies descalzos, que a menudo se agrietaban y manaban sangre. Entonces, pedía a los zapateros, en son de broma seguramente, que le cosieran las grietas con alesna, o a las señoras para que lo hicieran con aguja e hilo. Por otra parte, la disciplina tenía que ver en su cuerpo muy a menudo y por ello se afirma que lo trataba "con positiva crueldad". Alguna vez un vecino de Tepeaca llamado Pedro Martínez, lo vio salir de su ermita con el cuerpo chorreando sangre y la disciplina guindada en el cordón.

Convirtió en hábito a la más terca abstinencia; jamás volvió a comer carne, ni pescado, ni manjares guisados; tomaba su alimento una vez al día y el mismo consistía en tortillas remojadas en una sencilla salsa. Cuando perdió los dientes, redujo su comida a fragmentos de pan mojados en agua; pero se cuidaba bien de apartar la ración que le daban en el convento; procedía en tal forma con el fin de separar el pan para sí y el resto para un indio que le acompañaba a conducir sus carretas.

Cuando enfermó de gravedad, su confesor, Fray Francisco Garrido, le exigió que tomase una copa de vino y algunos bizcochos, pues así lo tenía prescrito el médico. Fray Sebastián contestó con la mayor firmeza: "Hermano, os agradezco la caridad que me hacéis, pero un fraile franciscano no debe comer manjares delicados, y eso bien lo sabéis."

Jamás volvió a vestir ropa nueva; sus hábitos y piezas interiores pertenecieron antes a otro religioso que las entregaba

al Fr. Sebastián cuando estaban muy usadas, pues tal era el deseo del venerable lego. Alguna vez se manifestó muy regocijado por el hábito que llevaba y él mismo decía a manera de explicación: "Mi hábito es bueno, porque me lo dio un santo, el guardián de Tlaxcala, Fr. Diego de Mercado" y es "que quiso ver a un viejo vestido con algo nuevo".

Cuando la necesidad le obligaba a calzarse, por ejemplo en el acto de "ayudar a misa", tomaba el calzado de otros frailes, fuesen o no de su orden; alguna vez, usó un zapato negro y un cacle blanco, de los que usaban los frailes carmelitas. Reprendido por uno de su orden, ya que tomaba aquello como un acto ridículo, el lego le contestó: "Hermano, unos calzan como quieren e yo como puedo".